

trias. En la ventana del gabinete de la izquierda se había instalado Paquito con todo el farrago de su biblioteca, papelotes y el copioso archivo de sus apuntes de clase, que iba en camino de abultar tanto como el de Simancas. Estos dos gabinetes eran anchos y de bóveda, y en la pared del fondo tenían, como la sala, sendas alcobas de capacidad catedralesca, sin estuco, blanqueadas, cubiertos los pisos de estera de cordoncillo. Las tres alcobas recibían luz de la puerta y de claraboyas con reja de alambre que se abrían al gran corredor-calle de la ciudad palatina. Por algunos de estos tragaluces entraba en pleno día resplandor de gas. En la alcoba del gabinete de la derecha se instaló el lecho matrimonial; la de la sala, que era mayor y más clara, servía á Rosalía de guardarropa y de cuarto de labor; la del gabinete de la izquierda se convirtió en comedor por su proximidad á la cocina. En dos piezas interiores dormían los hijos.

Ignoro si partió de la fértil fantasía de Bringas ó de la pedantesca asimilación de Paquito la idea de poner á los aposentos de la humilde morada nombres de famosas estancias del piso principal. Al mes de habitar allí, todos los Bringas, chicos y grandes, llamaban á la sala *Salón de Embajadores*, por ser destinada á visitas de cumplido y ceremonia. Al gabinete de la derecha, donde estaba el despacho de Thiers y la alcoba conyugal, se le llamaba *Gasparini*, sin duda por ser lo más bonito de la casa. El otro gabinete fué bautizado con el nombre de *la Saleta*. El comedor-alcoba fué

Salón de columnas; la alcoba-guardarropa recibió por mote *el Camón*, de una estancia de Palacio que sirve de sala de guardias, y á la pieza interior donde se planchaba se la llamó *la Furriela*.

Para ir á su oficina, don Francisco no tenía que salir á la calle. O bien bajaba la escalera de Cáceres; atravesando luego el patio, ó bien, si el tiempo estaba lluvioso, recorría la ciudad alta hasta la escalera de Damas, dirigiéndose por las arcadas al Real Patrimonio. Como salía poco á la calle, hasta el paraguas había dejado de serle necesario en aquella feliz vivienda, complemento de todos sus gustos y deseos.

En la vecindad había familias á quienes Rosalía, con todo su orgulleto, no tenía más remedio que conceptuar superiores. Otras estaban muy por bajo de su grandeza pipaónica; pero con todas se trataba y á todas devolvió la ceremoniosa visita inaugural de su residencia en la población superpalatina. Doña Cándida...

VI

Pero antes de seguir, quiero quitar de esta relación el estorbo de mi personalidad, lo que lograré explicando en breves palabras el objeto de mi visita al señor de Bringas. Había yo rematado un lote de leñas y otro de hierbas en Riofrío; y como ocurrieran informalidades graves en la adjudicación, tuve ciertos dimes y

directes con un administradorcillo de la Casa Real, de donde me vino el peligro de un pleito. Ya empezaba á sentir las pesadas caricias del procurador, cuando resolví matar la cuestión en su origen. Don Manuel Pez, el arreglador de todas las cosas, el recomendador sempiterno, el hombre de los volantitos y de las notitas, brindóse á sacarme del paso. Yo le debía algunos favores; pero los que él me debía á mí eran de mayor importancia y cuantía. Quiso, pues, nivelar mi agradecimiento con el suyo, llevándome en persona á ver al Oficial primero del Patrimonio para que fuera así la recomendación más expresiva y eficaz. Todo salió según el deseo de entrambos. Tan servicial y diligente se mostró el buen don Francisco, que á los dos días de haberle visto mi asunto estaba zanjado. Dos capones de Bayona y una docena de botellas de vino de mi propia cosecha le regalé el 4 de Octubre, día de su santo, y aún no me pareció esta fineza proporcionada al servicio que me había hecho.

Prosigo ahora con doña Cándida. ¡Oh, qué mujer! ¡qué jarabe de pico el suyo! Era frecuente oírle esta frase: "Me voy, me voy, que ha de venir á verme *mi administrador*, y no quiero hacerle esperar. Es hombre ocupadísimo." O bien ésta: "Anda algo atrasada ahora la cobranza de los alquileres de mis casas." Máximo Manso, cuando se pone á contar cosas de ella, empieza y no concluye. En 1868 esta señora conservaba aún mucha parte de su sér antiguo y de las grandezas de su reinado social durante los cinco años de O'Donnell. Por aquel

tiempo se comía precipitadamente los restos del caudal que allegó su marido, y no había día en que no saliese de la casa una joya, un cuadrito, un mueble, con la misión de traer dineros para atender á las necesidades domésticas. De los conflictos con su casero, á quien debía medio año de alquileres, me ocuparía si tuviese espacio para ello. La Reina la salvó de estos apurillos, pagándole los atrasos de casa y ofreciéndole una habitación en los altos de Palacio, que la infeliz no vaciló en aceptar... "Me he metido en ese cuchitril por complacer á Su Majestad y estar cerca de ella, mientras me arreglan las piezas de la terraza... ¡Ay, qué posma de arquitecto!... Le voy á calentar las orejas..." Así se expresaba constantemente, y transcurrieron muchos meses sin que la ilustre viuda abandonara su choza provisional. Cuando la encontramos Pez y yo, y tuvimos el honor de que nos guiara á la morada de Bringas, ya llevaban más de un año de abandono y podredumbre las famosas tablas de Rafael, el cuadro de Tristán y las otras mil preciosidades que por milagro de Dios no estaban en los museos.

Era Cándida una de las más constantes visitas de los Bringas. Rosalía sentía hacia ella respetuoso afecto, y la oía siempre con sumisión, conceptuándola como gran autoridad en materias sociales y en toda suerte de elegancias. A los ojos de la señora de Thiers, el brillantísimo pasado de Cándida había dejado, al borrarse del tiempo, resplandores de prestigio y nobleza en torno al busto romano y al tieso

empaque de la ilustre viuda. Esta aureola fascinaba á Rosalía, quien, extremando su respeto á las majestades caídas, aparentaba tomar en serio aquello de *mi administrador, mis casas...* Se expresaba Cándida en todas las ocasiones con un desparpajo y una seguridad y un *boca abajo todo el mundo*, que no daban lugar á réplica. Vivía en el ala de Oriente, el barrio más humilde de lo que hemos convenido en llamar ciudad; pero ningún otro vecino de ésta hacía más visitas ni estaba más tiempo fuera de su domicilio. Todo el santo día lo pasaba de casa en casa, llamando á distintas puertas, visitando, charlando, recorriendo todas las partes del coloso desde las cocinas á los palomares; y por las noches, sin haber salido á la calle, llegaba á su choza provisional tan rendida como si hubiera corrido medio Madrid. No tenía más familia que una sobrinita llamada Irene, de unos nueve ó diez años, huérfana de un hermano de García Grande, que había sido caballerizo de Su Majestad. Esta era la inseparable amigueta de la niña de Bringas, y por las tardes se las veía, muñeca en mano y merienda en boca, jugando en la terraza ó en las partes más claras de aquellas luengas calles cubiertas.

La persona de más viso de cuantas allí vivían, y que en concepto de Rosalía ocupaba el lugar inmediatamente inferior al de la familia Real, era la viuda del General Minio, camarera mayor de Su Majestad, persona distinguidísima y sin tacha por cualquier lado que se la mirase. En la ciudad llamábanla todos por el

cariñoso y popular nombre de doña Tula; pero Rosalía jamás le apeaba el título, y todo era: *condesa esto, condesa lo otro y lo de más allá.* Esta bondadosa y noble señora era hermana de la Condesa de Tellería y de Alejandro Sánchez Botín, que ha sido diputado tantas veces y ha figurado ya en media docena de partidos. Los Sánchez Botín son de buena familia, creo que de un alcurniado solar del Bierzo, y tienen parentesco, aunque remoto, con la familia de Aransis. En un mismo día se casaron las dos hermanas: Milagros con el Marqués de Tellería, y Gertrudis, que era la mayor, con el Coronel Minio, que rápidamente ascendió á General, ganando batallas cortesananas en las antecámaras palatinas. No había día de cumpleaños de Reyes ó Príncipes en que él no pescara una cruz ó grado. Cuando ya no le podían dar nada superior, en orden de milicia, á los dos entorchados, me le agraciaron con el título de Conde de Santa Bárbara (de una finca que tenía en Navarra), nombre que por tener cierto olorcillo de pólvora, cuadraba bien á su oficio, aunque se decía de él que nunca había olido más que la que gastamos en salvas. La fama de valiente que gozaba debió fundarse en que era muy bruto. En el desorden de nuestras ideas fácilmente convertimos en héroes á los que apenas saben escribir su nombre. Lo cierto es que *don Pedro Minio*, Marqués de Santa Bárbara, era persona imponente en una parada, ó pasando revista de inspección en los cuarteles, ó dando militares gritos en las varias Direcciones que des-

empeñó. Salvo algunas escaramuzas sin importancia en que tomó parte durante la primera guerra civil, la historia militar de nuestro país no le dijo nunca "esta boca es mía." Pero pasará á la posteridad por los célebres dichos de la *espada de Demóstenes*, la *tela de Pentecostés* y el *alma de Garibaldi*; por aquello de ir á la Habana haciendo escala en Filipinas, con otras cosillas que, coleccionadas por sus subalternos, forman un delicioso centón de disparates. La Reina los sabía de corrido y los contaba con mucha sal. Pero no revolvamos las cenizas de esta nulidad, de quien la Condesa decía, en el más escondido pliegue de la confianza, que era una bestia condecorada, y ocupémonos de su viuda.

VII

Era en todo tan distinta de la Marquesa de Tellería, que no parecían hijas de la misma madre. Tampoco tenía semejanza, ni en la condición ni en la figura, con su célebre hermano Alejandro Sánchez Botín, hombre de grandes arbitrios. Las raras prendas de que estaba adornada parece que tenían su complemento en otra forma de la distinción humana, la desgracia, privilegio de los seres que se acercan á lo perfecto. Los dos hijos que heredaron el nombre, la rudeza y los solecismos del General, eran dos buenas alhajas. Lo que pasó aque-

lla madre mártir para hacerles seguir la carrera de Caballería, no es para contado. Fueron cinco ó seis años de cruel lucha con la barbarie y desaplicación de los muchachos, de un pugilato fatigoso con los profesores; y gracias al nombre que llevaban y á las cartitas que escribía en cada curso la Reina, salieron adelante. Ya eran Oficiales y estaban colocados, cuando una nueva serie de disgustos amargaba la existencia de doña Tula. No pasaba mes sin que uno de sus pimpollos hiciera alguna barbaridad. Cuestiones, desafíos, borracheras, sumarias, timbas, trampas, eran la historia de todos los días, y la mamá tenía que poner remedio á ello con las recomendaciones y con los desembolsos. Llegó á sentirse tan fatigada, que cuando el mayor, que también se llamaba *Pedro Minio*, le manifestó el deseo de irse á Cuba, no tuvo fuerzas para contrariarle. El otro se quería casar con una mujer de malos antecedentes. Nueva batalla de la madre, que empleó, para evitarlo, cuantos recursos le permitían su conocimiento del mundo y su alta posición. Esta señora dijo una frase que se quedó grabada en la mente de cuantos la oímos; grito absurdo y dolorido del egoísmo contra la maternidad, y que si no fuera una paradoja, sería blasfemia contra la Naturaleza y la especie humana. Hablaban de hijos y de las madres que deseaban tenerlos, así como de las que los tenían en excesivo número. "¡Ah, los hijos!—dijo doña Tula con tristísimo acento.— Son una enfermedad de nueve meses y una convalecencia de toda la vida.,"

Si los hijos de aquella señora eran idiotas, raquíticos y feos como demonios, en cambio su hermana Milagros había dado al mundo cuatro ángeles, marcados desde su edad tierna con el sello de la hermosura, la gracia y la discreción. Aquel Leopoldito tan travieso y mono; aquel Gustavito tan precoz, tan sabidillo y sentado; aquel Luisito tan místico, que parecía un aprendiz de santo, y principalmente aquella María, de ojos verdes y perfil helénico, Venus extraída de las ruinas de Grecia, soberana escultura viva, ¿a qué madre no envanecerían? Doña Tula adoraba á sus sobrinos. Eran para ella hijos que no le habían causado ningún dolor; hijos de otra para las molestias, y suyos para las gracias. A María, que por entonces cumpliera quince años, la adoraba con pasión de abuela, ó sea dos veces madre, y la tenía un tanto consentida y mimosa. Iba la hermosa niña los domingos y jueves á pasar con doña Tula todo el día; también solía ir los martes y los viernes, y á veces los lunes y sábados. Los días de fiesta reuníanse allí varias amiguitas de la Generación, entre ellas las niñas de don Buenaventura de Lantigua y una prima de éstas, hija del célebre jurisconsulto don Juan de Lantigua, la cual, si no estoy equivocado, se llamaba Gloria.

¡María Santísima, lo que parecía aquella terraza! Había ninfas de traje alto, que muy pronto iba á descender hasta el suelo, y otras de vestido bajo, que dos semanas antes había sido alto. Las que acababan de recibir la in-

vestidura de mujeres se paseaban en grupos, cogidas del brazo, haciendo ensayos de formalidad y de conversación sosegada y discreta. Las más pequeñas corrían, enseñando hasta media pierna, y no es aventurado decir que Isabelita Bringas y la sobrina de doña Cándida eran las que más alborotaban. Cuando por aquellas galerías conseguía deslizarse con furtivo atrevimiento algún novio agridulce, algún pollanco pretendiente, de bastoncito, corbata de color, hongo claro, y tal vez pitillo en boquilla de ámbar... ¡ay Dios mío! ¿quién podría contar las risas, los escondites, las sossadas, el juego inocente, la tontería deliciosa de aquellas frescas almas que acababan de abrir sus corolas al sol de la vida? Las breves cláusulas que ligeras se cruzaban eran, por un lado, lo más insulso del perfeccionado lenguaje social, y por otro el ingenuo balbucir de las sociedades primitivas. En todos estos casos se repite incesantemente el principio del mundo, esto es, los pruritos de la Creación, el *querer ser*.

La juguetera bandada de mujeres á medio formar invadía el domicilio de Bringas. Rosalía, gozosa de tratarse con doña Tula, con los Tellerías, con los Lantiguas, recibíalas con los brazos abiertos, y las obsequiaba con dulces, que se hacía traer previamente de la repostería de Palacio. "Jueguen, enreden, griten y alboroten, que á mí no me incomodan," les decía Bringas festivamente desde el hueco de la ventana, donde estaba sumergido en el piélago inmenso de sus pelos. Y ellas no se hacían

de rogar; abrían el piano: una de ellas aporreaba una polka ó vals, y las otras, abrazándose en parejas, bailaban, volteaban alegres, riendo, chillando y besándose.

“Bailen, corran; la casa es de ustedes, niñas queridas,” decía Thiers sin apartar la vista de los átomos que pegaba sobre el vidrio; y ellas lo tomaban tan al pie de la letra, que corrían danzando de Gasparini á la Saleta, y á saltos se metían en el Camón y en Columnas. Pues digo... cuando les daba por revolverle á Isabelita sus muñecas, era lo de empezar y no concluir. Precisamente las más talludas eran las que con más furor se entretenían en este graciosísimo simulacro de la vida doméstica, vistiéndolo y desnudando mujercitas de porcelana y estopa, arrojando bebés con ojos de vidrio, y moviendo los trastos de una cocina de hojalata ó de un gabinete de cartón. Lo que embargaba el ánimo de todas, llegando hasta producir rivalidades, era una muñeca enorme que don Agustín Caballero le había mandado á Isabelita desde Burdeos, la cual era una buena pieza: movía los ojos, decía *papá* y *mamá*, y tenía articulaciones para ser colocada en todas las posturas. De aquello á una criatura, no había más que un paso: padecer. Vistiéronla aquella tarde de chula, y cuando un cierto rumorcillo petulante indicaba la proximidad de los polluelos en el pasillo; cuando se oían sus risotadas á estilo de calaveras, y sonaban muy cerca sus voces, que el mes anterior habían adquirido la ronquera de la virilidad, las niñas asomaban la muñeca á la alta reja del Camón, y aquí

eran las boberías de ellos y la inocente diversión de ellas.

Por más que don Francisco protestase del gusto que tenía en ver su casa llena de serafines, alguna vez le molestaban. Cuando se les ocurría admirar la obra peluda y se enracimaban en torno de la mesa, el gran artista, sin poder respirar dentro de aquella corona de preciosas cabezas, les decía riendo: “Niñas, por amor de Dios, echaos un poco atrás. Para ver no necesitan ahogarme... ni verterme la laca. Cuidado, Gloria, que te me llevas esos pelos pegados en la manga. Son el tronco del sauce. Cuidado, María, que con tu aliento se echan al aire estas canas... Atrás, atrás; hacerme el favor...”

VIII

Y ellas: “¡qué boniíto, qué preciooso...! ¡Alabaaado Dios... qué dedos de ángel! Don Francisco, se va usted á quedar ciego...”

Lo que cuento ocurría en la primavera del 68, y el Jueves Santo de aquel año fué uno de los días en que más alborotaron. Don Francisco, santificador de las fiestas, asistió de gran etiqueta, con su cruz y todo, á la solemnidad religiosa en la Capilla. Rosalia también se personó en la regia morada, juzgando que era indispensable su presencia para que las ceremonias tuviesen todo el brillo y pompa conve-

nientes. Cándida no bajó, aparentemente "porque estaba cansada de ceremoniales," en realidad porque no tenía vestido. Las chicas de Lantigua y la Sudre invadieron desde muy temprano la habitación de doña Tula, que por razón de su cargo bajó muy emperejilada, dejando el gracioso rebaño á cargo de una señora que la acompañaba. ¡Cuánto se divirtieron aquel día, y cuánto hicieron rabiar á los pollos Leoncito, Federiquito Cimarra, el de Horro y otros no menos guapos y bien aprovechados! Les invitaron á subir con engaño á un palomar alto diciéndoles que desde allí se veía el interior de la Capilla, y luego me les encerraron hasta media tarde.

Como eran amigas del sacristán, vecino de Cándida, pudieron colocarse en la escalera de la Capilla hasta vislumbrar, por entre puertas entornadas, la mitra del Patriarca y dos velas apagadas del tenebrario, un altar cubierto de tela morada, algunas calvas de capellanes y algunos pechos de gentiles hombres cargados de cruces y bandas; pero nada más. Poco más tarde lograron ver algo de la hermosa ceremonia de dar la comida á los pobres después del Lavatorio. Hay en el ala meridional de la terraza unas grandes claraboyas de cristales, protegidos por redes de alambre. Corresponden á la escalera principal, al Salón de guardias y al de Columnas. Asomándose por ellas, se ve tan de cerca el curvo techo, que resultan monstruosas y groseramente pintadas las figuras que lo decoran. Angelónes y ninfas extienden por la escocia sus piernas enormes, cabalgando sobre

nubes que semejan pacas de algodón gris. De otras figuras creeríase que con el esfuerzo de su colosal musculatura levantan en vilo la armazón del techo. En cambio, las flores de la alfombra, que se ve en lo profundo, tomaríanse por miniaturas.

Multitud de personas de todas clases, habitantes en la ciudad, acudieron tempranito á coger puesto en las claraboyas del Salón de Columnas para ver la comida de los pobres. Se enracimaban las mujeres junto á los grandes círculos de cristales, y como no faltaban agujeros, las que podían colocarse en la delantera, aunque fuera repartiendo codazos, gozaban de aquel pomposo acto de humildad régia que cada cual interpretará como quiera. No faltaba quien cortara el vidrio con el diamante de una sortija para practicar huequecillos allí donde no los había. ¡Qué desorden, qué rumor de gentío impaciente y dicharachero! Las personas extrañas, que habían ido en calidad de invitadas, eran tan impertinentes que querían para sí todos los miraderos. Mas Cándida, con aquella autoridad de que sabía revestirse en toda ocasión grave, mandó despejar una de las claraboyas para que tomaran libre posesión de ella las niñas de Tellería, Lantigua y Bringas. ¡Demontre de señora! Amenazó con poner en la calle á toda la gente forastera si no se la obedecía.

Curioso espectáculo era el del Salón de Columnas visto desde el techo. La mesa de los doce pobres no se veía muy bien; pero la de las doce ancianas estaba enfrente y ni un de-

talle se perdía. ¡Qué avergonzadas las infelices con sus vestidos de merino, sus mantones nuevos y sus pañuelos por la cabeza! ¡Verse entre tanta pompa, servidas por la misma Reina, ellas que el día antes pedían un triste ochavo en la puerta de una iglesia!... No alzaban sus ojos de la mesa más que para mirar atónitas á las personas que les servían. Algunas derramaban lágrimas de azoramiento más que de gratitud, porque su situación entre los poderosos de la tierra y ante la caridad de etiqueta que las favorecía, más era para humillar que para engreír. Si todos los esfuerzos de la imaginación no bastarían á representarnos á Cristo de frac, tampoco hay razonamiento que nos pueda convencer de que esta comedia palaciega tiene nada que ver con el Evangelio.

Los platos eran tomados en la puerta, de manos de los criados, por las estiradas personas que hacían de camareros en tan piadosa ocasión. Formando cadena, las damas y gentiles hombres los iban pasando hasta las propias manos de los Reyes, quienes los presentaban á los pobres con cierto aire de benevolencia y cortesía, única nota simpática en la farsa de aquel cuadro teatral. Pero los infelices no comían, que si de comer se tratara muy apurados se habían de ver. Seguramente sus torpes manos no recordaban cómo se lleva la comida á la boca. Puestas las raciones sobre la mesa, un criado las cogía y las iba poniendo en sendos cestos que tenía cada pobre detrás de su asiento. Poco después, cuando las personas reales y la grandeza abandonaron el Salón, salieron

aquéllos con su canasto, y en los aposentos de la repostería les esperaban los fondistas de Madrid, ó bien otros singulares negociantes, para comprarles todo por unos cuantos duros.

Mientras duró la comida, las graciosas espectadoras no cesaban en su charla picotera. María Egipcíaca habría deseado estar abajo, con gran vestido de cola, pasando bandejas. Una de las de Lantigua se aventuraba á sostener que aquello era una comedia mal representada, y otra sólo se fijaba en el lujo de los trajes y uniformes.

—Mira, mira mi mamá. ¿La ves con su vestido melocotón? Está junto al señor de Pez conversando con él.

—Sí... ahora miran al techo... Bien sabe que estamos aquí. Y á don Francisco también le veo, allí... junto al mayordomo de semana. A su lado mi mamá...

—¡Qué hermosa está la Marquesa con su falda de color malva y su manto!... ¡Ah! doña Tula, doña Tula... si mirara para arriba, si nos viera... Aquí estamos...

—Cada ceremonia de éstas le cuesta á mi tía muchas jaquecas y muchos disgustos, porque no sabéis las recomendaciones que recibe... Para veinticuatro pobres, hay unas trescientas recomendaciones. Todos los días cartas y recaditos de la Marquesa ó la Condesa. ¡Hija...! parece que les van á dar un destino gordo.

—Dímelo á mí, niña—manifestó con soberano hastío Cándida,—que ayer y hoy no me han dejado vivir. Tomasa, la moza de cámara,

vecina mía, fué la encargada de lavar á las tales doce ancianas pobres y cambiarles sus pingajos por los olorosos vestidos que se han puesto hoy. ¡Pobres mujeres! Es la segunda agua que les cae en su vida, y sería la primera si no se hubieran bautizado. ¡Ay, hijas!... ¡qué escena la de esta mañana! Créanlo, han gastado una tinaja de agua de colonia... Yo quise ayudar un poco, porque así me parecía cumplir algo de lo que nos ordena Nuestro Señor Jesucristo. Si no es por mí, el fregado no se acaba en toda la mañana... Hablando con verdad, si yo fuera pobre y me trajeran á esta ceremonia, no lo había de agradecer nada, porque, francamente, el susto que pasan y la molestia de verse tan lavados, no se compensan con lo que les dan..»

Las graciosas pollas, en cuya tierna edad tanto valor tenían lo espiritual é imaginativo, no comprendían estas razones prácticas de la experimentada doña Cándida, y todo lo encontraban propio, bonito y adecuado á la doble majestad de la Religión y del Trono...

Isabelita Bringas era una niña raquítica, débil, espiritada, y se observaban en ella predisposiciones epilépticas. Su sueño era muy á menudo turbado por angustiosas pesadillas, seguidas de vómito y convulsiones, y á veces, faltando este síntoma, el precoz mal se manifestaba de un modo más alarmante. Se ponía como lela y tardaba mucho en comprender las cosas, perdiendo completamente la vivacidad infantil. No se la podía regañar, y en el colegio la maestra tenía orden de no imponerle ningún

castigo ni exigir de ella aplicación y trabajo. Si durante el día presenciaba algo que excitase su sensibilidad, ó se contaban delante de ella casos lastimosos, por la noche lo reproducía todo en su agitado sueño. Esto se agravaba cuando por exceso en las comidas ó por malas condiciones de ésta, el trabajo digestivo del estómago de la pobre niña era superior á sus escasas fuerzas. Aquel jueves, doña Tula dió de comer espléndidamente á sus amiguitas. La niña de Bringas se atracó de un plato de leche, que le gustaba mucho; pero bien caro lo pagó la pobre, pues no hacía un cuarto de hora que se había acostado, cuando fué acometida de fiebre y delirio, y empezó á ver y sentir, entre horribles disparates, todos los incidentes, personas y cosas de aquel día tan bullicioso en que se había divertido tanto. Repetía los juegos por la terraza; veía á las chicas todas, enormemente desfiguradas, y á Cándida como una gran pastora negra que guardaba el rebaño; asistía nuevamente á la ceremonia de la comida de los pobres, asomada por un hueco de la claraboya, y las figuras del techo se animaban, sacando fuera sus manazas para asustar á los curiosos... Después oyó tocar la marcha real. ¿Era que la Reina subía á la terraza? No: aparecían por la puerta de la escalera de Damas su mamá, asida al brazo de Pez, y su papá dando el suyo á la Marquesa de Tellería. ¡Qué guapas venían arrastrando aquellas colas, que sin duda tenían más de una legua!... Y ellos, ¡qué bien empaquetados y qué tiesos!... Venían á descansar y tomar un refri-

gerio en casa de doña Tula, para acompañar más tarde á *la Señora* y á toda la Corte en la visita de Sagrarios... Por todas las puertas de la parte alta de Palacio aparecían libreas varias, mucho trapo azul y rojo, mucho galón de oro y plata, infinitos tricornos... Delirando más, veía la ciudad resplandeciente y esmaltada de mil colorines. Seguramente era una ciudad de muñecas; ¡pero qué muñecas!... Por diversos lados salían blancas pelucas, y ninguna puerta se abría en los huecos del piso segundo, sin dar paso á una bonita figura de cera, estopa ó porcelana; y todas corrían por los pasadizos gritando: "ya es la hora...". En las escaleras se cruzaban galones que subían con galones que bajaban... Todos los muñecos tenían prisa. A éste se le olvidaba una cosa, á aquél otra: una hebilla, una pluma, un cordón. Unos llamaban á sus mujeres para que les alcanzasen algo, y todos repetían: "¡la hora!...". Después se arremolinaban abajo, en la escalera principal. En el patio, los alabarderos se revolvían con los cocheros y lacayos, y era como una gran cazuela en que hirvieran miembros humanos de muchos colores, retorciéndose á la acción del calor... Su mamá y su papá volvieron á aparecer... ¡Vaya, que iban hermosotes! Pero mucho más bonito estaría su papá cuando se hiciese caballero del Santo Sepulcro. El Rey tenía empeño en ello, y le había prometido regalarle el uniforme con todos los accesorios de espada, espuelas y demás. ¡Qué guapín estaría su papá con su casaca blanca, toda blanca!... Al llegar aquí, la pobre

niña sentía empapado enteramente su sér en una idea de blancura; al propio tiempo, una obstrucción horrible la embarazaba, cual si las cosas que reproducía su cerebro, muñecos y Palacio, estuvieran contenidas dentro de su estómago chiquito. Con angustiosas convulsiones lo arrojaba todo fuera, y se contenía el delirar, y sentía un alivio... Su mamá había saltado del lecho para acudir á socorrerla. Isabelita oía claramente, ya despierta, la cariñosa voz que le decía: "Ya pasó, alma mía: eso no es nada.."

IX

La belleza de Milagros no había llegado aún al ocaso en que se nos aparece en la triste historia de su yerno por los años de 75 á 78; pero se alejaba ya bastante del meridiano de la vida. El procedimiento de restauración que empleaba con rara habilidad no se denunciaba aún á sí mismo, como esos revocos deslucidos por las malas condiciones del edificio á que se aplican. La defendían del tiempo su ingenio, su elegancia, su refinado gusto en artes de vestimenta, y la simpatía que sabía inspirar á cuantos no la trataban de cerca.

Todas estas cualidades subyugaban por igual el espíritu de Rosalía Bringas; pero la que descollaba entre ellas como la más tiránica, era el exquisito gusto en materia de trapos y mo-

das. Este don de su amiga era para la Bringas como un sol resplandeciente, al cual no se podía mirar cara á cara sin deslumbrarse. Porque en tal estimación tenía la autoridad de la Marquesa estos tratados, que no se atrevía á tener opinión que no fuera un reflejo de las augustas verdades proclamadas por ella. Todas las dudas sobre un color ó forma de vestido quedaban cortadas con una palabra de Milagros. Lo que ésta decía era ya cuerpo jurídico para toda cuestión que ocurriera después; y como no sólo legislaba, sino que autorizaba su doctrina con el buen ejemplo, vistiéndose de una manera intachable, la de Bringas, que en esta época de nuestra historia se había apasionado grandemente por los vestidos, elevó á Milagros en su alma un verdadero altar. La viuda de García Grande cautivaba á Rosalía con su prestigio de figura histórica. Respetábala ésta como á los dioses de una religión muerta; mas á Milagros la tenía en el predicamento de los dogmas vivos y de los dioses en ejercicio. Nadie en el mundo, ni aun Bringas, tenía sobre la Pipaón ascendiente tan grande como Milagros. Aquella mujer, autoritaria y algo descortés con los iguales é inferiores, se volvía tímida en presencia de su ídolo, que era también su maestro.

Los regalitos de Agustín Caballero y la cesión de todas las galas que había comprado para su boda, despertaron en Rosalía aquella pasión del vestir. Su antigua modestia, que más tenía de necesidad que de virtud, fué sometida á una prueba de la que no salió victo-

riosa. En otro tiempo, la prudencia de Thiers pudo poner un freno á los apetitos de lujo, haciéndonos creer á todos que no existían, cuando lo único positivo en esto era la imposibilidad de satisfacerlos. Es el incidente primordial de la historia humana, y el caso eterno, el caso de los casos en orden de fragilidad. Mientras no se probó la fruta, prohibida por aquel Dios doméstico, todo marchaba muy bien. Pero la manzana fué mordida, sin que el Demonio tomara aquí forma de serpiente ni de otro animal ruin, y adiós mi modestia. Después de haber estrenado tantos y tan hermosos trajes, ¿cómo resignarse á volver á los trapitos antiguos y á no variar nunca de moda? Esto no podía ser. Aquel bendito Agustín había sido, generosamente y sin pensarlo, el corruptor de su prima; había sido la serpiente de buena fe que le metió en la cabeza las más peligrosas vanidades que pueden ahuecar el cerebro de una mujer. Los regalitos fueron la fruta cuya dulzura le quitó la inocencia, y por culpa de ellos un ángel con espada de raso me la echó de aquel Paraíso en que su Bringas la tenía tan sujeta. Nada, nada... cuesta trabajo creer que aquello de doña Eva sea tan remoto. Digan lo que quieran, debió pasar ayer, según está de fresquito y palpitante el tal suceso. Parece que lo han traído los periódicos de anoche.

Como Bringas reprobaba que su mujer variase de vestidos y gastase en galas y adornos, ella afectaba despreciar las novedades; pero á cencerros tapados estaba siempre haciendo reformas, combinando trapos é interpretando

más ó menos libremente lo que traían los figurines. Cuando Milagros iba á pasar un rato con ella, si Bringas estaba en la oficina, charlaban á sus anchas, desahogando, cada cual á su modo, la pasión que á entrambas dominaba.

X

Pero si el santo varón estaba en su hueco de ventana, zambullido en el microcosmos de la obra de pelo, las dos damas ee encerraban en el Camón, y allí se despachaban á su gusto sin testigos. Tiraba Rosalía de los cajones de la cómoda suavemente para no hacer ruido; sacaba faldas, cuerpos pendientes de reforma, pedazos de tela cortada ó por cortar, tiras de terciopelo y seda, y poniéndolo todo sobre un sofá, sobre sillas, baúles ó en el suelo si era necesario, empezaba un febril consejo sobre lo que se debía hacer para lograr el efecto mejor y más llamativo dentro de la distinción. Estos consejos no tenían término; y si se tomara acata de ellos, ofrecerían un curioso registro enciclopédico de esta pasión mujeril, que hace en el mundo más estragos que las revoluciones. Las dos hablaban en voz baja para que no se enterase Bringas, y era su cuchicheo rápido, ahogado, vehemente, á veces indicando indecisión y sobresalto, á veces el entusiasmo de una idea feliz. Los términos franceses que matizaban este coloquio se despegaban del te-

jido de nuestra lengua; pero aunque sea clavándolos con alfileres, los he de sujetar para que el exótico idioma de los trapos no pierda su genialidad castiza.

ROSALÍA.—(*Mirando un figurín.*) Si he de decir la verdad, yo no entiendo esto. No sé cómo se han de unir atrás los faldones de la *casaca de guardia francesa*.

MILAGROS.—(*Con cierto aturdimiento, al cual se sobrepone poco á poco su gran juicio.*) Dejemos á un lado los figurines. Seguirlos servilmente, lleva á lo afectado y *estrepitoso*. Empecemos por la elección de tela. ¿Elige usted la muselina blanca con viso de *foulard*? Pues entonces no puede adoptarse la casaca.

ROSALÍA.—(*Con decisión.*) No: escojo resueltamente el *gros glasé*, color *cenizas de rosa*. Sobrino me ha dicho que le devuelva el que me sobre. El *gros glasé* me lo pone á veinticuatro reales.

MILAGROS.—(*Meditando.*) Bueno: pues si nos fijamos en el *gros glasé*, yo haría la falda adornada con cuatro volantes de unas cuatro pulgadas; ¿á ver? no: de cinco ó seis, poniéndole al borde un *bies* estrecho de *glasé verde naciente*... ¿Eh?

ROSALÍA.—(*Contemplando en éxtasis lo que aún no es más que una abstracción.*) Muy bien... ¿Y el cuerpo?

MILAGROS.—(*Tomando un cuerpo á medio hacer y modelando con sus hábiles manos en la tela las solapas y los faldones.*) La *casaca de guardia francesa* va abierta en corazón, con solapas, y se cierra al costado sobre el talle